

## Horas de invierno.

### CANTO PRIMERO DE UN AMANTE.

Estos cabellos que has despedazado  
con las manos crispadas de dolor;  
son la seguridad de tus propósitos  
y los mudos testigos de mi amor:

Ellos irán donde mi cuerpo vaya:  
ellos tendrán de mi vivir la gloria,  
y su recuerdo semejante al alma  
estará siempre fijo en la memoria!

Fijo donde yo torne la mirada:  
fijo en la luna que ilumina el mar:  
fijo en la flor que crece en la campaña:  
fijo en el cielo del país natal.

Donde quiera que escuche algún acento  
creeré que estoi oyendo tu gemido,  
lento, abrasado, vagaroso y triste,  
andar errando por el oído mio!

Creeré ver de tu frente los nublados:  
creeré ver de tus ojos la mudanza,  
y la pálida sombra de la duda  
allí donde reside la esperanza.

Nunca el vestido que se ondeó en tu talle

en esa noche de amargura y pena;  
se quitará de mi visión turbada,  
cual de la mente la esperanza eterna.

Nunca podré pensar que me has amado:  
que tu frente en mi frente combatida,  
ha inclinado doliente, sus tesoros:  
sin sentir que soy tuyo por la vida!

### CANTO SEGUNDO.

La luna estaba triste sobre el cielo:  
trémulas las estrellas vislumbraban  
de las lámparas diafanas y puras  
unos como destellos de arrogancia:

El aire que pasaba mansamente  
sobre la soledad de una ventana;  
parecía traer algún anuncio  
ó la queja infelice de alguna alma.

Yo te miraba pálido, y lloroso:  
enferma el alma de un dolor profundo,  
anhelando el momento de dejar  
todas las liviandades de este mundo.

Yo te miraba—por tres veces quise  
deponer mis agravios en tu ofrenda  
y ceñir à mis ojos deslumbrados  
ese vago delirio ó esa venda.

Pero tres veces ofendido el labio  
dijo palabras de baldon y fuego:  
y ya el perdon horrorizó mi mente  
como un crespon que nos anuncia el duelo.

### CANTO TERCERO.

Volvió la brisa á jugar pasando  
y ví la sombra de la triste luna:  
y sentí aquí en el alma un movimiento  
semejante al que turba el onda pura:

Ya no mas pensamiento de bonanza  
un lazo solo que señale el día  
en que turbando de mi paz la gloria  
tú me ofreciste una esperanza impia.

Ardió en mi frente la olvidada queja:  
cruzó en mi sangre el abrasado vértigo;  
y cayó mi cabeza anonadada  
en un mar de visiones y tormentos.

MARCELINA ALMEIDA.